

IDEAS Y FIGURAS

FEDERICO VEGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

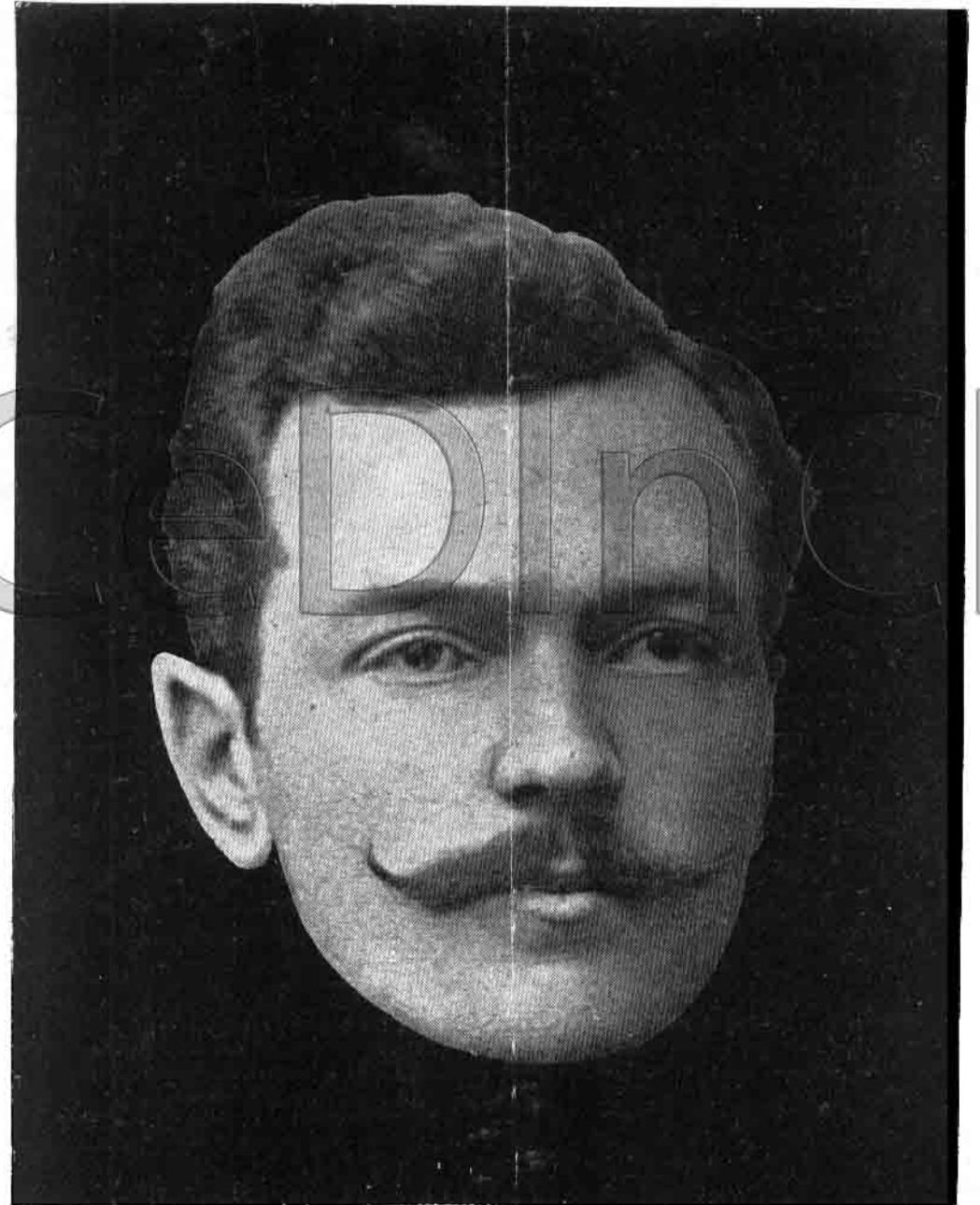
ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año II

BUENOS AIRES, 15 DE MARZO DE 1910

Número 28

ULTIMOS CANTOS



por CARLOS ORTIZ

IDEAS Y FIGURAS

FEDERICO VEGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

CARLOS ORTIZ

Poeta y mártir!

Desde el misterio impenetrable de la muerte donde estás recluso por obra de una bala traidora de asesino, levanta tu soberbia cabeza de poeta y escucha:

Te ví cuando pulsando la lira de tus amores cantabas á la tierra, al sol, al trabajo y al amor;

Te ví cuando, alrededor de la mesa donde se funden las almas al beso de los corazones valerosos, cantabas la gloria del vivir;

Te ví cuando, empuñando la maicera del arado arrancabas á la tierra—que hoy amantísima madre abraza tu cuerpo helado—el secreto de su prodigiosa fecundidad;

Te ví caer á mi lado, herido tu cuerpo, tu frente blanca como un lirio inmaculado, fijando tu mirada en un horizonte de quien sabe qué infinito, donde deben tener su hogar las almas grandes, nobles, virtuosas, intensamente dispuestas para el bien;

Te ví al lado de tu amante madre, arrullando con tu amor de niño enamorado los días de su valiente y fecunda ancianidad;

Te ví ídolo de tu pueblo; latido de ese corazón colectivo que tanto te amó, voz y mirada de ese niño candoroso, tu pueblo de Chivilcoy, que señalaba tu paso con la explosión de sus aplausos;

Te ví hombre, hijo, cantor de la luz, del sol, de la tierra y de la vida y te ví...

Oh! te ví en tu lecho de muerte como un símbolo de dolor, como una exclamación desesperada de la vida que quisiera vencer á la muerte para arrancarte de sus brazos que te habían aprisionado con amor salvaje é indestructible.

Entonces:

Todo el pueblo de tus amores, rodeando tu cadáver presente; desde el mismo balcon donde los asesinos habían aguzado en la sombra su puñal traidor, pedí, con el grito mas hondo de mi alma, con el gemido mas doloroso de mi corazón, pedí:

Que todas las esposas, las madres y los niños derramaran sus lágrimas para regar tu sepulcro; que los niños fuesen á todos los jardines de la tierra empapada de tu sangre, á segar todas las flores para cubrir tu cuerpo; á las brisas sus murmurantes y misteriosos susurros para cantarte tiernamente en tu sueño; al sol su calor y su luz para formarte una aureola inextinguible; á la tierra y al cielo todos sus ignotos misterios para que seas un símbolo de lo bajo y de lo alto, de la luz y de la som-

bra y te envuelvan con su amoroso manto de silencio, como si se tratara de una cita que te has dado con la eternidad donde—trovador de las amantes almas—hagas vibrar el eterno canto de la fecunda vitalidad del amor en heroico desafío con la muerte!

Te lloré!... Oh! cómo te lloré!...

Todo tu pueblo lloró conmigo; vibró en un rujido de fiera madre herida en medio del corazón!

Te lloré como lloran los blasfemos; como lloran los que sufren las ansias de una pasión nunca satisfecha; como aquellos que cayeron con Luzbel; porque del fondo mismo de ese dolor trágico se levantaba tu voz y tu cabeza de león joven para hacernos llorar la protesta del odio fronterizo de la venganza.

Y después de llorarte así, como lloran los amantes que se ausentan; después de envolverte con mi amor y con mis lágrimas pedí á tu pueblo, á tu patria y á tu estirpe:

Justicia! Justicia! Justicia!

Tres veces resonó mi voz ante tu cadáver reclamando justicia y por tres veces el vaso de las almas de tu pueblo hubo de estallar como una fibra rota, pero que en su estallido suena á modo de chasquido en el rostro de la canalla que asesina á los poetas!

Oye, Carlos:

Desde el misterio impenetrable de la muerte levanta tu cabeza de Apolo, mira con tus ojos de gacela y verás á tu pueblo que llorando y blasfemando, hace de tu nombre y de tu memoria el símbolo de su propia regeneración.

La tierra que te inspirara el «Poema de las mieses», es capaz de escribir el poema de la inmortalidad en el mármol que perpetuará tu imagen.

Serás símbolo cruel de la protesta que levanta tu tierra ensangrentada y serás eternamente el latido de ese corazón que te ama y sufre el horror de su desgracia.

Hasta luego, Carlos:

Desde mi cátedra de olvidado maestro he de enseñar á los niños de mi Patria que te amen y te reverencien como símbolo del amor: esos niños balbucearán tu nombre y lo mezclarán en sus nacientes mentalidades como el de un héroe de leyenda que cae á la tumba, pero que se levanta hacia la gloria.

Hasta luego, Carlos:

Te has desposado con la inmortalidad.

Alejandro MATHUS

Marzo 10 de 1910.

Alberto Ghiraldo

POR

Juan Mas y Pi

UN VOLUMEN EN PROSA CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

Alberto Ghiraldo. — Su personalidad. — Iniciación. «Fibras». — El luchador. «Gesta». — El periodista. «El Sol». — «Los Nuevos Caminos». — El poeta. «Música Prohibida». — «La Protesta». — «La Tiranía del frac...» — «Carne doliente». — El teatro de Ghiraldo. «Alas». «Alma Gaucha». «La Cruz». — «Triunfos Nuevos». — Conclusiones.



De venta en las principales librerías

Precio del ejemplar 0.50 ctv.

Pedidos por mayor á la imprenta E. Malena

CUYO 2021 - Buenos Aires

Tu epitafio, poeta! y tu recuerdo...

No se extinguió ébrio de ajeno, delirante y vencido, como los poetas de la bohemia oscura: cayó en un abismo del borde del camino, cuando su visión confiada y risueña de la vida no lo presentía... Cayó serenamente, como un héroe que se sacrificara por el ideal: legó á la posteridad una frase, como un poeta que ofrendara el sacrificio de su sér á la vida, para que ésta, vengadora, borrarse con su sangre errores y vergüenzas. Su muerte asombrará á los mezquinos, á los débiles, á los cobardes, por lo que tuvo de noble y de grande; pero esa misma muerte de epopeya (¡hoy ya no se sabe morir!) le libraré del desdén del tiempo, que no teje en la frente de todos los caídos su corona de siemprevivas.

¿Cual fué la vida del poeta?... No sé y sólo me atreveré á decir—guiado por lo que he oído de voces honradas—que su gesto final es la síntesis de su existencia. ¡Y qué rara existencia, en estos tiempos en que la prodigalidad es cohibida por el hermetismo y la avaricia! Porque el poeta, ¿por qué no afirmarlo?, fué pródigo: pródigo de sus rimas y su acción. Labores de pluma, tan agotadoras, y labores de campo, tan vivificantes, llenaron sus años: y en lo uno y en lo otro ¡oh prodigio de la lírica del ensueño y lo eglógico de las mieses! fué fecundo. Ha dejado cuartillas, llenas de

rimas; ha dejado campos, llenos de espigas... ¡ha dejado su recuerdo, lleno de lágrimas! Y al irse, ha glorificado su ausencia, para tornarnos su presencia en mármol eterno. ¡Generoso poeta!

Su epitafio no puede ser una vulgar inscripción, que diga de una vida pedestre: su epitafio—para mí, al menos—ha de ser:

«En el campo amó el sol; en su torre de marfil, amó á la luna.—Vivió en plena luz de auroras; murió en sombras.—Su cuerpo aquí reposa; su espíritu mora en la eternidad. Fué un buen hombre y ante su memoria, sagrada, se inclina todo un pueblo.»—

Poeta: tus campos florecen... y tus rimas, tus exquisitas y sonantes rimas, no las olvidará nunca *Suzón*.—Tú le decías á la adorada, poeta:

«en la embriaguez sublime de los locos amores cerré tus grandes ojos con mis ardientes besos;»

y *Suzón*, poeta desaparecido, con sus grandes ojos cerrados, nostálgicos de tus besos, no olvidará tus versos... no olvidará tu nombre y ante la pesadilla sangrienta de tu muerte... ¡cómo llorará la pobre *Suzón*!

RUY DE LUGO-VIÑA.

Una carta

Dr. Horacio Ortiz.

No debía morir así, cobarde y traidoramente asesinado—ironías crueles del destino—el amigo noble, el caballero gentil, el poeta de las delicadezas exquisitas y de las inspiraciones radiantes en cuyo cerebro y en cuyo corazón hallaron extraordinarias resonancias las más altas espe-

culaciones del espíritu y los más generosos impulsos del alma.

Lloro con ustedes esa pérdida y los acompaño en el dolor sin consuelo y en la protesta airada, no hallando en mí indignación la frase vibrante capaz de condensarla.

Luis BERISSO.

Contra el crimen

Este crimen, cualesquiera que sean sus autores, es de origen político y tiene todo el significado de un símbolo. Es una agresión á nuestra época de barbarie audaz, ignorante y brutal contra sus enemigos naturales, la inteligencia, la honradez y el valor cívico.

El atentado de Chivilcoy, que no quedará impune, señala un día de luto para la civilización, para la república y un hondo pesar para los amigos de la víctima de un delito más vil, destructivo y desorganizador que el peor asesinato anarquista.

Carlos BAÍRES.

Ultimos cantos

Versos de combate

He aquí una nota sugestiva. Estos versos, publicados en Enero de 1910, con el seudónimo de Hernán del Valle, pertenecen á Ortiz y fueron dirigidos á Vicente Loveira, acusado por el pueblo de Chivilcoy como instigador de los asesinos del poeta.

Vicentinas líricas

Naciste torpe y morirás canalla:
Ni aún puedes vindicarte ante los tuyos,
Y tratas de esconderte en la batalla
Como un reptil se esconde entre los yuyos.

El canto de los fuertes no te espante;
Deja rugir mis ímpetus febriles,
Y ante este pueblo, que así ultrajas, cante
La gran oda viril para los viles.

La oda que ruga con la voz del trueno,
La oda que es rayo, y con el rayo brama;
La oda que deja el rumorear sereno
Para trocarse en vengadora llama.

Oh! no te espanten las verdades rudas
Que siempre brotan de una férrea lira;
Alzan tu pedestal besos de Judas,
Y haces tu religión de la mentira!

Mis armas son mis versos varoniles;
Para vengar de un pueblo el justo encono
No se precisan mausers ni fusiles:
Basta una estrofa que derriba un trono!

Si la lira es del pueblo, ella sepulta
Hechos polvo, poderes en la nada;
Una estrofa es como una catapulta
Y es un verso como una puñalada!

El pueblo adormecido se despierta
Y al grito de sus ódios se levanta;
La augusta dignidad aún no está muerta
Cuando la voz de las protestas canta!...

¿Sabes que es Chivilcoy?—Doncel robusto
Hijo del sol que el porvenir encierra;
Fueron sus armas el arado agosto,
Es su esperanza la que dé la tierra.

Hijo del sol y los fecundos limos,
Creció al trabajo vigoroso y fuerte;
Y los que al sol de libertad nacimos
Libres sabremos desafiar la muerte.

La noble indignación del pueblo late
Incubando las cóleras futuras;
No es tu nombre bandera de combate,
Es tan solo una enseña de imposturas!

El perro está dormido y no te espanta;
No lo acoses con bárbaros excesos;
«Cave canem!»—si el perro se levanta
Puede en sus dientes triturar tus huesos!.....

¿Qué persigues?—La gloria?, la riqueza?
Para alcanzar la gloria eres pequeño;
Siendo rico procedes con torpeza
Si es que no matan tu ambicioso sueño.

Pues qué buscas, renombre?—No es el modo
De alcanzarlo con ruines arterías
No dura un nombre que afirmó falsías,
No se hace un hombre fabricando lodo.

Oh! no te espongas á que el pueblo, el mismo
Pueblo que soportó tantos rigores,
Olvide hasta tu nombre de bautismo
Para guardar tan solo los rencores.

Que no te espanten las verdades rudas
Que siempre brotan de una férrea lira,
Forman tu pedestal besos de Judas
Y haces tu religión de la mentira!

Brindis

(Versos leídos en el banquete dedicado á Alejandro Mathus instantes antes de ser asesinado el poeta)

Tu, como el gallo de Rostand, querías
Hacer la luz con tu soberbio canto
Y tú cantaste, aun cuando bien sabías
Que á los buhos la luz infunde espanto.

Y tu viste almas buenas en la bruma,
Viste almas infantiles en la sombra,
Y en esas almas que la noche abruma
Sembraste el verbo que á la noche asombra.

No vierte el astro-rey sus resplandores
Sin que huya á refugiarse en la floresta
El cuervo, deslumbrado de fulgores,
Dando al viento sus gritos de protesta.

Hacen falta las sombras al caudillo,
Como la negra noche á la lechuza:
Es en la sombra que se escuda el pillo
Y es en la sombra que el puñal se aguza.

Como el de Chantecler vibró tu acento
En la noche preñada de terrores,
Ruborizó una Aurora el firmamento
Y en su gruta temblaron los errores.

Tú enseñaste el secreto de los verbos,
Enseñaste el misterio de las liras,
Te declararon guerra los protervos
Y quisieron morderte las mentiras.

Podrá matar el buho tenebroso
Al Chantecler de cánticos triunfales,
Pero el sol surgirá, siempre glorioso
A clavar en la noche sus puñales.

Levantó la calumnia sus pendones,
El bárbaro agitóse en la penumbra.
Se pusieron en juego las facciones
Para abrazar el sol que las deslumbra.

Trovas

Reina

Eres el fresco capullo
Del jardín de los poetas;
Hermana de las violetas
Y de los lirios orgullo;
Brotó á tu paso el arrullo,
Florecen las ilusiones,
Y en las dulces vibraciones
De las cuerdas temblorosas,
Como blancas mariposas
Vuelan á tí mis canciones.

Eres la reina que impera
Desde el trono del amor,
Por eso á tu alrededor
Sonríe la primavera;
En tu larga cabellera
Juega la brisa lasciva,
Y teje mi alma, cautiva
En tus encantos diversos,
Una corona de versos
Para tu sien pensativa

Maravillosa princesa
De un castillo sideral,
Es tu boca virginal
El nido de una promesa,
Y cuando tu acento expresa
Tus ambiciones sencillas,
Cuando mis trovas humillas,
Yo creo que es un querube
Que canta desde una nube
Y te escucho de rodillas!

Y tú inspiras los cantares
Y tú eclipsas las estrellas;
Son para alfombrar tus huellas
Las flores de los altares;
Hay en tu alma más blancura,
Que en la espuma de los mares,
Hay en tu voz más dulzura
Que en la plegaria y el ruego,
Y hay en tus ojos más fuego
Que en los astros de la altura.

Ensueño

El ensueño es la fuente
En que se abreva—pobre sitibunda—
El alma en el destierro, gemebunda
Como tórtola herida.
Así el alma doliente
Oye la dulce voz de los ensueños.
Oh! el ensueño, consuelo de la vida,
Oh! las vidas que viven de los sueños!

Allá, en la lontananza
De un brumoso país, se desvanece

La risueña visión de la esperanza,
Que rápida se aleja,
Y detrás de sus pasos, sólo deja
Los sollozos de un día que fenece.
Crece la soledad, la noche crece;
Ya se disipa ese miraje de oro
Que la vida un instante nos ofrece.
Llega hasta el alma solitaria el coro
Alegre de vendimias provechosas;
Fermenta el vino en el lagar sonoro,
Florecen en las sendas nuevas rosas
Y á donde van las cosas olvidadas
Traza el alma sus huellas silenciosas
Por un jardín de espinas y de espadas.

¿Qué importa que á lo lejos
Cante la vida y la existencia ría,
Y en las copas chispeen los añejos
Disipando la gris melancolía?
¿Qué importa que á lo lejos
Vibre el himno triunfal de la alegría?
Oh! alma, pobre huérfana, tú sabes
Que son breves los cantos de las aves,
Y más breves las risas de la orgía.

Las risas de la orgía, las canciones
De todas las locuras desbordadas,
Donde rima con locas carcajadas
Su poema de fuego la alegría,
Mientras se abren las secretas urnas
Donde duermen las cosas olvidadas,
Que se acercan como aves taciturnas;
Mientras desfilan como buitres negros
Espectros del dolor en grandes tropas
Y resuena con mágicos alegros
El timbre cristalino de las copas.

Las risas de la orgía
Como violines del placer, deslíen
La mentida canción de esos instantes
Que huyen llenos de fúlgidas visiones,
De visiones de fuego, delirantes;
Son los violines del placer que ríen,
Y es su risa el disfraz de una elegía;
Son las campanas del placer que evocan
Recuerdos de dolor ó de ventura;
Son las campanas del placer que tocan,
Con largas vibraciones,
Un toque de agonía
Al caer esperanzas é ilusiones.

Se alejan los momentos de locura,
Y en el fondo del vaso de la vida
Queda solo un semento de amargura;
Y después el hastío y el cansancio,
La saciedad, las bochornosas calmas,
Y entonces surge como un angel blanco
El Ensueño en la bruma de las almas.

Balada de otoño

Idilio.—*Dos almas solas*
Bajo un cielo de arrebol,
Junto á mi amiga, las olas
Desleñan barcarolas
En la apoteosis del sol.

Luz de luna.—*Mientras huella*
Las violetas del jardín,
Se dá en un beso mi bella,
Que parecía una estrella
Con blancuras de jazmin.

En la alcoba.—*El tibio nido,*
Suspiros, frascos de miel;
Alguien murmura á mi oído:
«Mira que acecha el olvido
Bajo el rosado dosel.»

Después, la desgarradora,
La triste separación;
Llegó del «adios» la hora
Mientras surgía la aurora
Sobre una muerta ilusión.

La ausencia, las no olvidadas
Promesas, la duda cruel,
Y así las horas pausadas
Llegaban como enlutadas
Trayendo tragos de hiel...

Volví á verla, pero inerte;
Ya fría su blanca sien;
«No esperes que se despierte,
Mira que llegó la muerte
Para besarla también.»

Oh! Pálida que deshojas
Las margaritas en flor!
¡Triste otoño, cómo arrojas
Las amarillentas hojas
Sobre su tumba y mi amor!

Fiesta galante

A. SUZÓN.

¿Recuerdas tú la noche de la galante fiesta?
¡Qué voluptuoso schotis preludiaba la orquesta!
En la glorieta toda nevada de jazmines
Yo contemplaba en éxtasis tu pálida hermosura;
Llegaba hasta nosotros el són de los violines
Como un deshojamiento de flores de locura.

Oh! hermana de las vírgenes que ensalzan los
Místicos!—*[poemas]*
Tus cabellos constelados de gemas
Ceñían tu cabeza con un dorado nimbo,
Y en silencio yacías,—oh! linda silenciosa!—
Más blanca que la hortensia que erguía su corimbo
Preñada entre las blondas de tu busto de diosa.

Y yo volcaba mi alma como en una blanca urna,
En la urna silenciosa de tu alma taciturna.
Tus ojos parecían dos luminosas flores
Que sueñan en divinos y extraños embelesos,
Y en la embriaguez sublime de los locos amores
Cerré tus grandes ojos con mis ardientes besos.

Y yo volcaba mi alma como en una blanca urna,
En la urna silenciosa de tu alma taciturna
Que con ritmos de versos arrullaron las Piérides.
Después, grande como Hércules, de indómito amor
[lleno,

Morder quise los frutos prohibidos de tu seno,
Las manzanas de nieve que guardan dos Hespérides:
Tu castidad de vírgen y tu invencible orgullo.
Tus labios se entreabrieron como un rojo capullo;
Un grito de hondo ultraje brotó de tu mismo.
Y como si midieras la hondura de un abismo,
—Mientras de los violines surgía el suave schotis,—
Con ademán de reina, soberbia me despides,
Más, quedo me decían, muy quedo: «no me olvides!»
Tus ojos de azul pálido, cual húmedo miosotis.

¿Recuerdas la glorieta nevada de jazmines
Donde quedó sin dueño tu mágica hermosura?
Llegaba la galante canción de los violines
Como un deshojamiento de flores de locura.

El llanto de la virgen

En la hora en que se adorna con sus joyas astrales
La Noche, y engalana con rosas siderales
Su negra cabellera de virgen abisinia,
Un silfo me contaba las penas de Virginia.

«En un jardín poblado de armonías y flores,
La doncella soñaba. Los dulces surtidores,
Bajo el fulgor plateado de una luna de estío,
Como un extraño verso del lírico Darío,
Cantaban largamente, con un ritmo sonoro.
Los astros, derramando sus lágrimas de oro
Como ojos encendidos en órbitas azules,
Vestían á las flores con luminosos tules.
Abrían sus capullos las rojas azaleas;
Soñaban en el lago las pálidas ninfeas
Mecidas por el viento, que rimaba sus hondas
Tristezas en las lirás temblantes de las frondas.

«Y yo la ví cruzando bajo un pabellón de astros;
Las flores alfombraban con pétalos sus rastros.
Y su alma estaba triste como un altar sin cirios,
Como un lago sin cisnes, como un jardín sin lirios.
Su almita, siempre llena de vírgenes alburas,
¿Por qué estaba esa noche poblada de amarguras?
¿Acaso le contaban sus dolientes querellas
Sus hermanas celestes, las pálidas estrellas?
Porque alzaba al espacio sus grandes ojos bellos
Que inundaban los astros con límpidos destellos.
¿Acaso le contaban las flores sus dolores?
Porque ella se inclinaba para besar las flores.

«Vagaba por las sendas con armonioso paso.
Las rosas le ofrecían sus coronas de raso.
Y ocultas bajo el musgo decían las violetas:
«A esa virgen que pasa le cantan los poetas.»

«Yo la ví sumergida en místicos ensueños:
Iba como una Ofelia, deshojando sus sueños.

«De pronto se detuvo. Inclino la cabeza,
Envuelta en el misterio de una vaga tristeza,
Y de sus grandes ojos, que envidiaría Sirio,
Cayo una ardiente lágrima en la copa de un lirio.
Oh! el llanto de sus ojos revelador de un duelo
Oculto! En esa lágrima se reflejaba el cielo.
Y una azucena pálida que se inclinaba á verla
Dijo al lirio: «En tus pétalos resplandece una perla.
Es una perla extraña llena de puntos de oro,
Digna de una corona: un feérico tesoro.»
Y el lirio murmuraba, mirando á la doncella:
«Parece que en mi cáliz ha llorado una estrella.»

Tarde de otoño

En los lánguidos crepúsculos de Otoño
Cuando lloran largamente las campanas
En las torres de los negros campanarios,
Y el sollozo de los bronce se dilata
Con pausadas vibraciones, que parecen
El gemido doloroso de las almas,
De las almas de los bronce, que se quejan
En dolientes armonías, largas... largas...;

En la mística tristeza del crepúsculo,
Cuando pesa sobre el mundo la nostalgia
De las tardes melancólicas de otoño,
Y las hojas van cayendo de las ramas
Como muertas mariposas, con rumores
Que parecen una queja prolongada,
Mientras canta la canción de los olvidos
El gran soplo gembundo de las ráfagas,
En las ramas temblorosas de los árboles
Que sollozan como liras funerarias;
Cuando se abre en el ensueño de las tardes
El crepúsculo sangriento, como el ala
Luminosa de un gran pájaro de fuego
Que sacude en el azur sus regias galas,
Y se aleja con el vuelo de los astros
De las sombras de la noche, negra maga,
Taciturna emperatriz, que angusta ciñe
Su corona sideral de estrellas pálidas;

— 1 —
Cuando envuelto en las tinieblas el Silencio
Con su corte de misterios adelante
Taciturno, con un dedo sobre el labio,
Y la tierra entre las sombras se aletarga,
Yo he sentido la amargura de esas vidas,
—¡Pobres vidas!— que se extinguen solitarias
En las brumas de una noche negra y triste,
De una noche sin estrellas, sola y larga,
Que se extinguen lentamente, como un cirio
Alumbrando las tristezas de una lápida.

Oh! en los lánguidos crepúsculos de otoño,
Mientras llora el ronco viento entre las ramas,
Entonando tristes salmos funerales
En las tumbas de las rosas deshojadas,
Yo he sentido que un gran Angel extendía
Como un fúnebre crespon sus negras alas,
Como el Angel de la noche, silencioso,
Como el angel de la muerte, de alas tójicas,
En el alma, donde aún arden los recuerdos,
Estrellitas melancólicas y palidas
Encendidas en las sombras de mis noches,
Y brillando misteriosas y lejanas,
Y he pensado en esas vidas que no sienten
La caricia funeral de la desgracia,
Esas vidas de magníficas auroras,
Esa vidas de risueñas alboradas,
Donde canta el ave azul de los Ensueños,
Donde el ave del Amor alegre pasa,
Y las aves de la Dicha y la Fortuna,
Y el gran pájaro de luz de la Esperanza!

Voz del poeta

*Ses ailes de géant l'empêchent
de marcher. —BAUDELAIRE.*

Soy el ritmo que todo lo sublima;
Soy artista, yo canto, yo cincelo;
Un misterioso espíritu me anima
Y llena mi alma de un divino anhelo.

Soy un cóndor de luz; vivo en la cima;
Soy el Verbo inmortal, escalo el cielo;
Son mis alas las alas de la Rima
Y es inmensa la curva de mi vuelo.

Soy hermano del Aguila y del Astro;
Sobre el mundano lodazal arrastro
La gloria fulgurante de mis galas,
Y como un angel de un Eden, proscrito,
Cruzo el mundo, con ansias de infinito,
Jadeante bajo el peso de mis alas!

Angeles caídos

(DEL LIBRO "ROSAS DEL CREPÚSCULO")

Como un sangriento párpado tendido sobre el ojo
Fatigado de un ciclope, el crepúsculo rojo
Fulgura en occidente. La tarde silenciosa,
Y triste como un alma poblada de martirios,
Esparte una impalpable sutil gasa de rosa
Que flota como un beso de luz sobre los lirios.

En el Edén que esfuman los rosados vapores,
Que parecen el hálito que sube de las flores,
Envuelta en la penumbra del día que agoniza
Volcando lentamente sus urnas de beleño,
Sumergida en un hondo silencio, se desliza
La blanca pecadora, como una flor de ensueño.

—
La blanca pecadora que saboreó el prohibido
Fruto de los amores; el pobre ángel caído
Que á los ardientes besos brindó su boca roja,

Y que después, manchadas sus virginales galas,
Vió, como flor que el viento con sus besos deshoja,
Caer una por una las plumas de sus alas.

—
Y allá va entre las flores confiando su amargura
A la indiscreta brisa; resuena en la espesura
El eco triste y lánguido de su infinita pena,
Y al peso de su falta, la linda pecadora
Solloza, y en el cáliz de una blanca azucena
Cae el rocío ardiente de su carnal aurora.

Después, se hunde en las sombras con su profundo
[duelo.
De pronto un rumor de alas se escucha. En raudos
[vuelo

—
Dos ángeles descienden, y beben en la blanca
Azucena las gotas aun tibias de aquel llanto,
Y beben y se embriagan, y una alegría franca
Puebla el Edén sombrío como un celeste canto.

—
En la embriaguez divina, sus labios palpitantes,
Estallan en la música de besos delirantes;
Y en un abrazo de ángeles, los ángeles opresos,
Mancharon con sus besos las virginales galas,

Y como flor que el viento deshoja con sus besos
Cayeron una á una las plumas de sus alas.

—
Y miran, lleno de astros, el pabellón del cielo.
Hacia el azul espacio quieren tender el vuelo,
Y sus alas inútiles, de ángeles caídos,
En vano, ya sin plumas, se agitan presurosas,
Y con las alas rotas, se refugian vencidos
Por el amor, debajo de un matorral de rosas.

—
Y escucha Eva, la blanca pecadora, en el grave
Silencio, en un murmullo de voces, en suave
Murmullo que remeda las suspirantes notas
De la canción que el viento solloza entre las flores:
—«De qué sirven las alas, si con las alas rotas
Hemos llegado al cielo de los dulces amores.»

El arado

(DE "EL PECADO DE LAS MIESES")

Es la hora del trabajo. En la llanura
De una lívida blancura,
Tiende el alba su luz pálida de ensueño,
Como un velo vaporoso,
Suavemente luminoso
Extendido en las artísticas vaguedades de un diseño.

—
Y ya Ervar sueña y trabaja vigoroso
Empuñando el timón fuerte del arado,
Que arrastrado
Por la yunta de robustos
Bueyes marcha;
Y Ervar sigue con su paso acompasado
Mientras crujen sus pisadas en la escarcha,

El hueso

Fruto de amor, germen de vida: hueso!
Tu ocultas el veneno.
¿Ostras que se abren,
Bajo tu frágil carcara de encierra
Todas las esperanzas de la tierra
Y el misterio de todas las creaciones.

—
Guardas la voz del porvenir obscuro;
En ti se halla escuchada
La impeneetrable esfinge del futuro.
Y, oh hueso! — perla de un amor salvaje,
Esperas los tibiegos de un plumaje
Para que un mundo en tu interior despierte,
Para que vibre el hueso de la vida
Ante el inmenso arrobamiento de la muerte.
Carlos Ortiz

En la escarcha que refleja palideces invernales,
Cuyos límpidos cristales
Se asemejan, suspendidos
De las ramas taciturnas
De los frágiles arbustos,
Los caireles desprendidos
Por el vuelo de las Horas en la fiesta de la Sombra.
Los caireles desprendidos de las lámparas nocturnas.
Ervar marcha por la alfombra
Blanca y fría que el Invierno desplegó para su
[danza.

— ¡Cómo rie la esperanza,
Cómo canta la existencia sus canciones
Cuando entona su romanza
Con su acento todo lleno de promesas el trabajo;
Y la vida pasa entonces en un vuelo prodigioso.
Como un ave cuyas alas son dos alas de ilusiones:
Y la vida entonces vuela
Con el ritmo de un poema musicalmente armonioso
Que un artifice cincela:—
Se abre el surco como un tajo
Sobre el rostro de la pálida llanura,
Que escarchada se asemeja
A una página muy grande de poética blancura;
Y parece que la reja
Con sus surcos paralelos,
Paralelamente iguales,
Escribiera allí el poema de sus férvidos anhelos,
Esculpiera allí un poema en estrofas inmortales.

Cada surco es como un verso,
Como un verso en el que vibra la canción del uni-
[verso,
El poema Germinal;
Se abre un surco que es un verso, y se entierra
[una armonía,
Y la tierra la fecunda, la convierte en poesía,
Y alimenta con el jugo de su seno maternal.

Ervar sueña, y nuevos surcos van rasgando la
[pradera,
Y trabaja, y el ensueño su trabajo poetiza,
Y la tierra se desliza
Fresca y suave por la limpia vertedera;
Y él ve cómo se armoniza
El trabajo y el ensueño como dos extrañas notas
Que se besan y confunden en un mágico concierto.
Ervar marcha, y le acompañan dando gritos las
[gaviotas
Que revuelan y se posan sobre el fresco surco
[abierto.

— ¡Oh! también tu alma es un campo misterioso;
Labra, Ervar, con noble empeño,
Que también tu alma es un campo misterioso
Donde traza grandes surcos un arado luminoso:
El arado del Ensueño;
Y un Labrador silencioso
Siembra puras ilusiones,

Que retoñan y que tienen primaveras
Breves, breves, pero llenas de canciones,
Breves, breves, pero llenas de quimeras. —
Ervar canta:
— «Noble arado, tú eres fuerte;
Sí, más fuerte que la espada fratricida;
Esta mata, tú redimes;
Tus conquistas son más grandes, más sublimes;
Las cosechas de la espada son cosechas de la Muerte,
Tus cosechas son las mieses opulentas de la vida.

«Si fulguran las espadas es que el odio las inflama;
Y cuando odian se enrojecen
En los trágicos encuentros de la guerra;
Y tú brillas, noble arado, y tus rejas resplandecen
Como espejos que ha bruñido la caricia de la tierra;
De esa tierra que fecundas
Con tu beso;
De esa tierra que te ama
Porque sabe que en tus líneas paralelas y profundas
Vas trazando la leyenda del progreso.
Das impulso á las pacíficas empresas,
Y á tu paso, el virgen seno
De los campos, se abre lleno
De promesas.

«¿Ves los cisnes en el lago
Pensativo,
Como un alma aprisionada por cruel melancolía?
¿Ves los cisnes como al vago
Resplandor astral navegan? Son arados de poesía
Sobre un campo de cultivo.
Van abriendo leves surcos, y en sus rastros
Los fulgores de los astros
Siembran tenues, siderales armonías;
¿Oyes cómo canta el lago sus querellas?
Esas dulces elegías
Son las lánguidas canciones que han sembrado las
[estrellas.

«Es el campo como un lago, cuyas ondas
Se durmieron en el sueño de la muerte,
Y que esperan la audaz quilla
Que las surque y las despierte;
Y tú pasas, se abre el surco que recibe la semilla,
Y la tierra se despierta de sus hondas
Somnolencias; su armonía se levanta
Y el poema de las blondas
mieses canta.»

Ervar sueña, y su trabajo la llanura fertiliza;
Ervar canta, y nuevos surcos van rasgando la
[pradera,
Y la tierra se desliza
Fresca y suave por la limpia vertedera;
Y revuelan en bandadas sobre el surco las gaviotas
Dando al aire el eco alegre de sus notas.

Fleurs de la Pampa

(EN UNA TARJETA POSTAL DE LA SEÑORITA LUCRECIA LAMARQUE)

Je voudrais vous offrir mes roses, Lucrétie,
Mais elles, hélas! sont tristes en leur lente agonie.

Douce Princesse aimée d'un château sidéral,
Mes vers, ¿le saves-vous?, mes vers sont fleurs
[fanées
Roses flétries l'hiver dans le jardin du Mal,
Elles ont les parfums des choses oubliées,

Je voudrais vous offrir mes roses, Lucrétie,
Mais elles, hélas! sont tristes en leur lente agonie.

¿Où sont les pâles lys, les roses du Printemps,
'Et les hortensias bleus aux délicats pétales?
Mortes! dans mon jardin je vois les fleurs des
[champs
Où les noirs papillons de la douleur s'étalent.

Je voudrais vous offrir mes roses, Lucrétie,
Mais elles, hélas! sont tristes en leur lente agonie.

Mes vers, ¿le saves-vous?, mes vers sont fleurs
[fanées,
Roses flétries l'hiver dans le jardin du Mal,
Elles ont les parfums des choses oubliées,
Douce Princesse aimée d'un château sidéral.

El mar

También mi alma es un mar. Sus soledades
Conocen las terribles tempestades.
Y en medio de sus trágicas grandezas
En que su voz es trueno y es gemido
Pasa el pálido alción de mis tristezas,
Mientras mis barcos de ilusiones pierdo,
Y contra los peñascos del olvido
Se estrella el oleaje del recuerdo.

Nocturno

En alta noche yo medito. El viento
Solloza una canción. El firmamento
Florecido de estrellas se dilata;
Tiende su vuelo audaz el pensamiento
Y el raudal del ensueño se desata.

La Pampa se adormece.
En el cielo cada astro se extremece
Y tiembla en las tinieblas infinitas;
Vierte su luz la luna y me parece
Que alguien deshoja blancas margaritas.

En su azul palidez las nebulosas
Se dirían praderas luminosas

De lirios y jazmines,
Donde revuelan níveas mariposas,
Donde juegan alegres serafines.

Y me brinda la noche sus halagos,
Las flores de la pampa sus fragancias,
Y tus pupilas de destellos vagos
Guián mi alma al través de las distancias
Como la estrella de los reyes magos.

Haz de flores

Suzón, cantan las aves; despierta! ya su broche
Abre la Aurora, rosa de ensueño y poesía;
Como un inmenso párpado de tiniebla, la Noche
Se aleja, y resplandece la pupila del día.

Despierta, y que tus párpados se replieguen vencidos
Por la luz bajo el arco sombrío de tus cejas; [dos
Hay himnos en los bosques, gorjeos en los nidos
Y en torno de las flores revuelan las abejas.

Despierta, hoy es tu día; mi débil homenaje
Te traigo, y es por eso que á tu ventana llamo,
Son flores que en el grato misterio del follaje
Busqué para dejarte mis besos en un ramo.

Suzón, dicen que dejas que todo amor sucumba.
¿Por qué viven tan poco las rosas de tus huertos?
Suzón, ¿es cierto?, dicen que es tu pecho una tumba
Que guarda los despojos de tus amores muertos.

Recibe este haz de flores, que suave aroma exhala;
Son jazmines tan blancos como tu blanca sien;
Son pálidos miosotis y rosas de Bengala,
Y lirios, albos príncipes del lírico Rubén.

Y junto á una azucena, vírgen de los vergeles
Una grácil gardenia se estremece confusa;
Y en medio de estas flores revientan los claveles
Como los rojos versos de una sangrienta musa.

Hallé en lo más oculto de las selvas secretas,
Bajo las frescas sombras de un sauce, este muguet
Y flota en sus perfumes rival de las violetas
Un ensueño de Guido y el alma de Musset.

La aurora entre armonías derrama sus fulgores;
El lúgubre palacio de sombras se derrumba;
despierta, hoy es tu día: Suzón, toma estas flores
pónlas sobre tu pecho como sobre una tumba.

Lágrimas

(DE ALBERT SAMAIN)

Lágrimas de las flores suspendidas,
Lágrimas de las fuentes escondidas
Entre rocas y musgos temblorosos;

Lágrimas del Otoño desprendidas,
Lágrimas de los cuernos, esparcidas
En los inmensos bosques dolorosos;

Lágrimas de las campanas latinas,
Hermanas Carmelitas, Fuldensinas.....
Acento de las torres en fervor;

Oh! lágrimas, canciones argentinas
De las dolientes fuentes florentinas
Que en los jardines cantan su dolor;

Lágrimas de las noches; desmayantes
Lágrimas de las flautas sollozantes
En el azul del parque sin rumores;

Lágrimas de los párpados temblantes,
Oh! lágrimas de amor de ojos amantes
Que con lágrimas riegan sus amores;

Gotas de éxtasis, llanto delicioso,
Caed de las noches! Caed de los ojos! Caed de las
[flores!]

Y tú, corazón mío, bajo el río armonioso,
Y rico con el vano
Y agotado tesoro de las vacías urnas,
Lleva un gran sueño triste, un gran sueño al
[Océano]
De las lánguidas tardes taciturnas.

Tarde

(DE ALBERT SAMAIN)

El angel de las tardes acaricia las flores...
La Dama de los Sueños su canción armoniza,
Y el cielo, donde el día, ya al fin, se sutiliza,
Prolonga una agonía divina de colores.

El angel de las tardes sonrío dulcemente...
Las vírgenes aspiran el amor de las brisas,

Y en las flores, y sobre las frentes indecisas
Palideces serenas niéva lentamente.

En el jardín las rosas se inclinan. Sollozante
La triste voz de Schuman por el espacio errante,
Traduce la honda queja de un dolor sin consuelo.

El alma de algún niño muy dulce sube al cielo...
Alma mía, pon una señal al libro de horas,
Va á recoger el angel el sueño que tú lloras.

El otoño y los sátiros

(DE JEAN MOREAS)

Ayer hallé en un bosque, donde por las serenitas
Tardes suelo ir á veces á soñar con mis penas,
Tres sátiros amigos: el uno conducía
Saltando, un odre lleno; el segundo blandía
Como imitando á Hércules, fuerte bastón de olivo.
Sobre los tristes árboles, tristes sin su ropaje,
Pues Otoño ha esparcido por tierra su follaje,
El lánguido crepúsculo caía pensativo.
El sátiro tercero, sentado en una cima,
Su caramillo rústico á la boca aproxima,
Y brota, bajo el roce de sus dedos, un son
Frenético y suave, voluptuoso y ligero;
Y entonces los dos sátiros, librándose el primero
Del odre, y el segundo del pesado bastón,
Danzaron, y sus patas por las sendas desiertas
Una tras otra hacían volar las hojas muertas.

Georges Rodenbach

(DE LEOPOLDO DIAZ)

Tuvo la temblorosa, sollozante armonía
Oculto en lo más hondo del ser y de las cosas;
Flotaban los perfumes, en su alma, de las rosas,
De Rosas-thé, soñando en su lenta agonía.

Como lejana música de flautas, su poesía
Venía á acariciarnos con rimas misteriosas:
Diadema de suspiros sobre labios de rosas,
Perfume que en el aire deslíe su ambrosía.

La luna, entre sus lágrimas, dulce y blanca Juliet-
Con sus azules ojos buscará su Poeta [ta,
Allá, en el agua triste, sobre el canal desierto:
En vano!... al ver que nadie responde á su mar-
[tiro]

Y que en silencio pasan los cisnes, como un lirio
Deshojará su llanto sobre el querido muerto!



Un horrendo crimen que nos reporta á los tiempos de Rosas, enluta hoy á todos los corazones sanos de la república. Sobre el nombre de Chivilcoy, centropreciado de adelantos morales y materiales, deja una mancha siniestra, una mancha de esas que, según la palabra de Shakespeare, las aguas del océano jamás podrían borrar, si no pudiéramos contar con las lágrimas de protesta y los rugidos de la conciencia nacional herida en sus fibras íntimas.

Atentado salvaje en todos sus detalles, adquiere la bárbara hazaña mayor importancia, si cabe, por el hecho de haber sido cometida en plena fiesta de civilización, en momentos que damas, niños y caballeros, representantes de toda la cultura alcanzada por la más fértil región de la provincia, ofrecían un sentido homenaje de despedida á un verdadero apóstol de la educación, el director de la Escuela Normal, don Alejandro Mathus.

Este se había conquistado el odio de los elementos oficialistas por su carácter independiente y su ferviente propaganda en pro de la instrucción popular, enemiga, según parece, de nuestros clásicos caudillos. Además, presidía, desde algunos años, el Club Social. Su primera medida había consistido en desterrar las mesas de juego y en transformar los salones en bibliotecas y salas de conferencias.

¿Fueron dirigidos contra Mathus los disparos hechos por los «emponchados»? Esto es un problema todavía.

Los tiros tuvieron por blanco la mesa central donde los organizadores del banquete rodeaban al distinguido profesor. Carlos Ortiz, sentado al lado del ex director, acababa de recitar unos versos que fustigaban al mandón local, don Vicente Loveyra, un hombre de esos que por sí solo simbolizan las siete plagas de Egipto.

Como si tuviera un presentimiento de su trágica muerte, Carlos Ortiz decía, entre chanzas y bromas, á otro poeta de su íntima amistad: «¿Por qué no vienes conmigo á Chivilcoy mañana? Se da un gran banquete... Tienes que pronunciar un discurso. Y te va á gustar. Tal vez haya una de San Quintín. El oficialismo nos prepara una de las tuyas. En el fondo, si Mathus se va á Mendoza, es porque siente en Chivilcoy amenazada su vida.»

El sacrificado ha sido el noble acompañante del distinguido maestro. Carlos Ortiz ha muerto en buena ley: sobre el altar de la civilización y de la decencia.

Ligeros van los muertos, como reza una célebre balada germánica, pero el generoso joven tan brusca y trágicamente arrebatado á la existencia, deja una obra que demuestra sus condiciones exquisitas de intelectual y nos hace lamentar doblemente los cantos nuevos que tenía en preparación.

Primo del doctor Antonio Bermejo y de don Leopoldo Díaz, Carlos Ortiz se sentía invenciblemente atraído hacia las fecundas tareas del espíritu. Supo también unir las con el trabajo sereno del gran estanciero y, durante varios años, alternando la lectura del Dante, Shakespeare, Molière, Victor Hugo, con la de afamados manuales de agricultura, manejó á maravillas una de las propiedades de su padre, situada en el partido de Lincoln.

A esta prolongada estadía, á esta especie de voluntaria Tebaida frente á la robusta naturaleza, debemos un libro sumamente original, el «Poema de las Mieses», que le valió al artista el justificado apodo de «Mistral Argentino».

Desde el año 1894 Ortiz frecuentaba el Ateneo. Allí lo alentaban en sus ensayos, viejos y jóvenes maestros. Entre los que recordamos, citaremos á Rubén Darío, Alberto Ghirardo, Roberto J. Payró, Leopoldo Lugones, Rafael Obligado, Angel de Estrada, Schiaffino, Darío-Herrera, Lasso de la Vega, Holmberg, Carlos Vega Belgrano, Martinto, etc. Fué entonces que editó su primer libro: «Rosas del crepúsculo», favorablemente acogido por la crítica y los amantes de las letras.

Muchas producciones suyas,—las más notables quizás,—han quedado desparramadas en revistas y semanarios de América ó de Europa.

A su regreso de Europa, donde hiciera un largo viaje de estudio, Carlos Ortiz reunía todos sus poemas dispersos y pensaba publicarlos con un canto inédito al Centenario... Empero, «les morts vont vite», y los politiqueros del oeste de la provincia han encontrado también la sangrienta gloria de tener en el vasto martirologio por ellos creado á un André Chénier.

Carlos de SOUSSENS.

Un discurso

Las figuras varias y complejas deben ser apreciadas en la resultante que produzcan. La de Carlos Ortiz se llama pensamiento, se llama himno porque esa fué su vibración perenne. Y desde este punto de vista, su muerte es una estrofa, un algo de las hondas tristezas de Stechetti, con mucho de los viriles evangelios de Mármol.

«Su frente angélica palideció en la mañana» diré con el poeta de sus esquisitas predilecciones.

Con los pétalos de rosa desmenuzados sobre la tumba de este hombre que iluminaba su frente en los pórticos de la gloria, ha podido escribirse su historia, el capítulo breve de una alma grande y divina suspendida en la hora inicial, cuando se ungió con el velo blanco de los desposorios con la fama.

Era un espíritu cándido y pensativo reflejado en el fulgor de su mirada larga y melancólica, mirada que parecía escrutar en la aleva sombra del destino éste punto escrito á plomo brutal en la alba magnificencia de sus días radiosos y triunfantes.

Así cayó, reposando la cabeza sobre flores entre el beso de las luces, bajo el ritmo de la orquesta; así cayó, en una ofrenda sencilla y conmovedora, rindiendo los últimos aleteos de su águila mental sobre las flores que resumían en una trágica parodia las grandezas, las ingenuidades y la pavorosa fugacidad de su vida.

Alma celeste que miraba los horizontes con una plegaria de dulzura, se evaporó en la comba luminosa de un astro que declina riellando una franja de luz en los senderos y dejando á Chivilcoy, el pueblo de su cuna y sus cariños, la solemne reparación de su destino.

Al plegar las alas no deja en ninguna alma el rugón de una herida, el rastro amargo de las batallas que se libran en el bajo fondo de las pasiones sectarias.

Hizo un solo sacrificio incruento y fué el de su propia vida entregada en silencio con los despojos de su excelsa personalidad.

Ni un lamento, ni una convulsión bajo la asfixia de aquel corazón elegido que cerraba sus válvulas sin haberse manchado en el torrente de las pasiones humanas.

Su último aliento cerraba el poema inacabado, como el nombre de Ajax sobre los pétalos del jacinto y levantaba en el alma popular una interrogación desconcertante, una requisitoria abrumadora.

¿Porqué ha muerto este glorioso hijo de Chivilcoy, cuando apoyaba su vida en el regazo de la tierra nativa, acariciándola, honrándola con el laurel de sus victorias?...

En memoria de este poeta, en la explosión del dolor que arranca el agravio y la responsabilidad social de su muerte, he visto llorar hombres y mujeres, aun los que siguieron de lejos la trayectoria radiosa de su talento y de su nombre.

Es la comunión religiosa de sentimientos para estrecharse y palidecer sobre este resto inerte de lo que fue la realidad de una gloria intelectual, hoja final de un salmo escrito con rayos de sol primaveral en el fondo de las almas y en la omnipresencia del recuerdo.

La tierra lo recibe con las bendiciones del silencio. Negado al mundo, su alma hermana de los astros, nos dirá la caricia consoladora en la ráfaga sutil y melodiosa que canta el himno de la paz en la imponente magestad de su retiro.

Chivilcoy le debe su resurrección en el mármol como tributo de dolor á su bárbaro sacrificio y esa figura erguida de nuevo en el seno de la vida, muda, eterna y elocuente, será á la vez un símbolo, porque mientras más grandes sean los huracanes que truenen el clamor de los tiempos, más y más blanca aparecerá la imagen.

En la hora presente las flores cubren y protegen las alas marchitas del genio. ¡Benditas sean las rosas deshojadas sobre la tumba de Carlos Ortiz, cuya «frente angélica palideció en la mañana» Eugenio F. DIAZ.

En la tumba de Carlos Ortiz

Vengo con el alma llena de sombras á dejar sobre esta tumba querida un recuerdo y una protesta. Recuerdo que será ofrenda de amistad y de compañerismo para el poeta gentil, para el productor de belleza, victimado,—gritémoslo con valor, ya que la indignación quema los labios aunque la impotencia contra lo irreparable nos oprima,—en aras del caudillismo rastrero, en aras de esa política gaucha que reverdece como un retoño de maldición en el árbol de la raza. Recuerdo traído en nombre de esa juventud pensante, que siente y que expresa, allá en la ciudad rumorosa y llena de ansias que el muerto amó; recuerdo que, en su espontaneidad, dice de condenación y dice de castigo, aun cuando sea el más puro de todos porque el llega de un ambiente que no contaminó nunca el aliento del interés mezquino ni de la ambición personal; recuerdo que yo quisiera dejar para siempre grabado en la lápida encubridora de estos despojos como una vibración

perenne, simbolizadora del sacrificio;—sacrificio que no ha de ser estéril si es que hemos de cumplir la última voluntad del desaparecido, generoso y grande al exclamar desde el umbral del misterio con alma entera y voz conminatoria: «No os fijéis en el que ha sido blanco de los bárbaros. Fijáos en el hecho.»

Y bien; sea, pues, mi protesta, la que vengo á dejar sobre esta tumba querida, el compromiso adquirido con el muerto de cumplir su orden postrero: el hecho que nos conturba, el crimen que nos quebranta, es síntoma de un mal social, de un vicio colectivo encerrado en el acatamiento al mandón, en el sometimiento al caudillo, lo que implica el rebajamiento del individuo, más aún, la anulación de la personalidad. ¡Guerra al mandón, guerra al caudillo, entonces! Es decir: ¡Guerra á la sombra! Esa donde el puñal se aguza....

Alberto GHIRALDO.

De interés para todos

Si quiere Vd. conseguir un calzado que sea al mismo tiempo duradero y elegante, escribanos Vd. á CANGALLO 461 ó á BARTOLOMÉ MITRE 618, y por sólo **10 pesos** le remitiremos un par de calzado verdaderamente sólido, estilo elegante y confección inmejorable.

Nuestras manufacturas proceden de fábricas norteamericanas y por lo tanto no hay engaño.

Escribanos con confianza y le remitiremos algo que Vd. no podrá conseguir en otra casa ni por 15 pesos.

J. ALTIERI.

CUPON "FARO"

A toda persona que remita uno de estos cupones á la calle Cangallo 461, se le regalará un objeto útil en toda casa de familia. Los interesados mandarán 20 centavos c/l. en estampillas para el flete del regalo.



